

Fiestas que al mundo admiraron
Nueva admiracion pusiera.

(*Mira adentro.*)

D. FÉL.—Jacinta es la del estribo
(*A don Juan aparte*)
En el coche de Lucrecia.

D. JUAN (*A don Felix aparte*)
—Los ojos á D. García
Se le van, por Dios, tras ella.

D. FÉL.—Inquieto está y divertido.

D. JUAN—Ciertas son ya mis sospechas.

D. JUAN Y D. GAR.—Adios.

D. FÉL. —Entrambos á un punto
Fuistes á una cosa mesma.

ESCENA VIII.

DON GARCÍA Y TRISTAN.

TRISTAN—(No vi jamas despedida
Tan conforme, y tan resuelta.)

D. GAR.—Aquel cielo, primer móvil
De mis acciones, me lleva
Arrebatado tras sí.

TRISTAN—Disimula y ten paciencia,
Que el mostrarse muy amante
Antes daña que aprovecha:
Y siempre he visto que son
Venturosas las tibiezas.

Las mujeres y los diablos
Caminan por una senda,
Que á las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan;
Que el tenellas ya seguras
Les hace olvidarse dellas,
Y solo de las que pueden
Escapárseles, se acuerdan.

D. GAR.—Es verdad; mas no soy dueño
De mí mismo.

TRISTAN —Hasta que sepas
Extensamente su estado,
No te entregues tan de veras;
Que suele dar quien se arroja,
Creyendo las apariencias,
En un pantano cubierto
De verde engañosa yerba.

D. GAR.—Pues hoy te informa de todo.

TRISTAN—Eso queda por mi cuenta;
Y agora, ántes que reviente,
Dime, por Dios, ¿qué fin llevas
En las ficciones que he oido,
Siquiera para que pueda
Ayudarte? que cogernos
En mentira será afrenta:
Perulero te fingiste
Con las damas.

D. GAR. —Cosa es cierta,

Tristan, que los forasteros
Tienen mas dicha con ellas;
Y mas si son de las Indias,
Informacion de riqueza.

TRISTAN—Ese fin está entendido:
Mas pienso que el medio yerras,
Pues han de saber al fin
Quién eres.

D. GAR. —Cuando lo sepan
Habré ganado en su casa,
O en su pecho ya las puertas
Con este medio; y despues
Yo me entenderé con ellas.

TRISTAN—Digo que me has convencido,
Señor; mas agora venga
Lo de haber un mes que estás
En la corte; ¿qué fin llevas
Habiendo llegado ayer?

D. GAR.—Ya sabes tú que es grandeza
Esto de estar encubierto,
O retirado en su aldea,
O en su casa descansando.

TRISTAN—Vaya muy enhorabuena:
Lo del convite entre agora.

D. GAR.—Fingilo porque me pesa
Que piense nadie que hay cosa
Que mover mi pecho pueda
A envidia, ó admiracion,

Pasiones que al hombre afrentan:
Que admirarse es ignorancia,
Como invidiar es bajeza.
Tú no sabes, á qué sabe,
Cuando llega un portanuevas
Muy orgulloso á contar
Una hazaña, ó una fiesta,
Taparle la boca yo
Con otra tal, que se vuelva
Con sus nuevas en el cuerpo,
Y que reviente con ellas.

TRISTAN—Caprichosa prevencion
Si bien peligrosa treta;
La fábula de la corte
Serás si la flor te entrevan.

D. GAR.—Quien vive sin ser sentido,
Quien solo el número aumenta
Y hace lo que todos hacen,
¿En qué difiere de bestia?
Ser famosos es gran cosa;
El medio cual fuere sea;
Nómbrenme á mí en todas partes,
Y murmúrenme si quiera;
Pues uno, por ganar nombre
Abrasó el templo de Efesia:
Y al fin es este mi gusto,
Que es la razon de más fuerza.

TRISTAN—Juveniles opiniones

Sigue tu ambiciosa idea,
Y cerrar has menester
En la corte la mollera.

ESCENA IX.

Habitacion de doña Jacinta en casa de don Sancho.

D.^a JACINTA É ISABEL CON MANTOS, Y D. BELTRAN
Y DON SANCHO.

D.^a JAC.—¿Tan grande merced?

D. BEL.—No ha sido

Amistad de solo un dia
La que esta casa, y la mia,
Si os acordais, se han tenido;
Y así no es bien que extrañeis
Mi visita.

D.^a JAC.—Si me espanto
Es, señor, por haber tanto
Que merced no nos haceis.
Perdonadme, que ignorando
El bien que en casa tenia
Me tardé en la platería,
Ciertas joyas concertando.

D. BEL.—Feliz pronóstico dais
Al pensamiento que tengo,
Pues cuando á casaros vengo,
Comprando joyas estais.

Con don Sancho vuestro tio
Tengo tratado, señora,
Hacer parentesco agora
Nuestra amistad; y confio,
Puesto que como discreto
Dice don Sancho que es justo
Remitiese á vuestro gusto,
Que esto ha de tener efeto.

Que pues es la hacienda mia
Y calidad tan patente,
Solo falta que os contente
La persona de Garcia;

Y aunque ayer á Madrid vino
De Salamanca el mancebo,
Y de invidia el rubio Febo
Le ha abrasado en el camino,
Bien me atreveré á ponello
Ante vuestros ojos claros,
Fiando que ha de agradaros
Desde la planta al cabello,
Si licencia le otorgais
Para que os bese la mano.

D.^a JAC.—Encarecer lo que gano
En la mano que me dais,
Si es notorio, es vano intento;
Que estimo de tal manera
Las prendas vuestras, que diera
Luego mi consentimiento,

A no haber de parecer,
 (Por mucho que en ello gano),
 Arrojamiento liviano
 En una honrada mujer;
 Que el breve determinarse
 En cosas de tanto peso,
 O es tener muy poco seso,
 O gran gana de casarse.

Y en cuanto á que yo lo vea,
 Me parece, si os agrada,
 Que para no arriesgar nada,
 Pasando la calle sea.

Que si como puede ser,
 Y sucede á cada paso,
 Despues de tratarlo, acaso
 Se viniese á deshacer;

¿De qué me hubiera servido,
 O qué opinion me darán
 Las visitas de un galan
 Con licencias de marido?

D. BEL.—Ya por vuestra gran cordura,
 Si es mi hijo vuestro esposo,
 Le tendré por tan dichoso,
 Como por vuestra hermosura.

D. SAN.—De prudencia puede ser
 Un espejo, la que oís.

D. BEL.—No sin causa os remitis,
 Don Sancho, á su parecer.

Esta tarde con García
 A caballo pasaré
 Vuestra calle.

D.^a JAC. —Yo estaré
 Detras de esa celosía.

D. BEL.—Que le miréis bien os pido;
 Que esta noche he de volver,
 Jacinta hermosa, á saber
 Cómo os haya parecido.

D.^a JAC.—¿Tan apriesa?

D. BEL. —Este cuidado
 No admiréis, que ya es forzoso;
 Pues si vine deseoso,
 Vuelvo agora enamorado.
 Y adios.

D.^a JAC. —Adios.

D. BEL. —¿Dónde vais?

D. SAN.—A serviros.

D. BEL. —No saldré.

D. SAN.—Al corredor llegaré
 Con vos, si licencia dais.

ESCENA X.

D.^a JACINTA É ISABEL.

ISABEL.—Mucha priesa te da el viejo.

D.^a JAC.—Yo se la diera mayor,

Pues tambien le está á mi honor,
Si á diferente consejo
No me obligara el amor;

Que aunque los impedimentos
Del hábito de don Juan,
Dueño de mis pensamientos,
Forzosa causa me dan
De admitir otros intentos,

Como su amor no despido,
Por mucho que lo deseo,
Que vive en el alma asido;
Tiemblo, Isabel, cuando creo
Que otro ha de ser mi marido.

ISABEL. —Yo pensé que ya olvidabas
A don Juan, viendo que dabas
Lugar á otras pretensiones.

D.^a JAC. —Cáusanlo estas ocasiones,
Isabel: no te engañabas;

Que como há tanto que está
El hábito detenido,
Y no ha de ser mi marido
Si no sale, tengo ya
Este intento por perdido.

Y así para no morirme
Quiero hablar y divertirme,
Pues en vano me atormento;
Que en un imposible intento
No apruebo el morir de firme.

Por ventura encontraré
Alguno tal, que merezca
Que mano y alma le dé.

ISABEL. —No dudo que el tiempo ofrezca
Sugeto digno á tu fe;
Y si no me engaño yo,
Hoy no te desagradó
El galan indiano.

D.^a JAC. —¿Amiga,
Quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció;
Y tanto, que te prometo
Que si fuera tan discreto,
Tan gentil hombre y galan
El hijo de don Beltran,
Tuviera la boda efeto.

ISABEL. —Esta tarde le verás
Con su padre por la calle.

D.^a JAC. —Veré solo el rostro y talle:
El alma, que importa más,
Quisiera ver con hablalle.

ISABEL. —Háblale.

D.^a JAC. —Háse de ofender
Don Juan, si llega á sabello,
Y no quiero, hasta saber
Que de otro dueño he de ser,
Determinarme á perdello.

ISABEL. —Pues dá algun medio, y advierte

Que siglos pasas en vano,
Y conviene resolverte;
Que don Juan es desta suerte
El perro del hortelano.

Sin que lo sepa don Juan,
Podrás hablar, si tú quieres,
Al hijo de don Beltran;
Que, como en su centro, están
Las trazas en las mujeres.

D.^a JAC.—Una pienso, que podría
En este caso importar:
Lucrecia es amiga mia,
Ella puede hacer llamar
Dè su parte á don García;
Que como secreta esté
Yo con ella en su ventana,
Este fin conseguiré.

ISABEL.—Industria tan soberana
Solo de tu ingenio fué.

D.^a JAC.—Pues parte al punto, y mi intento
Le dí á Lucrecia, Isabel.

ISABEL.—Sus alas tomaré al viento.

D.^a JAC.—La dilacion de un momento
Le dí, que es un siglo en él.

ESCENA XI.

D.^a JACINTA Y D. JUAN.

D. JUAN (*A Isabel á tiempo que sale.*)

—¿Puedo hablar á tu señora?

ISABEL.—Solo un momento ha de ser;

Que de salir á comer

Mi señor don Sancho es hora. (*Váse.*)

D. JUAN—Ya, Jacinta, que te pierdo,

Ya que yo me pierdo, ya....

D.^a JAC.—¿Estás loco?

D. JUAN —¿Quién podrá

Estar con tus cosas cuerdo?

D.^a JAC.—Repórtate, y habla paso,

Que está en la cuadra mi tío.

D. JUAN—¿Cuándo á cenar vas al río,

Cómo haces dél poco caso?

D.^a JAC.—¿Qué dices? ¿Estás en tí?

D. JUAN—Cuando para trasnochar

Con otro tienes lugar,

¿Tienes tío para mi?

D.^a JAC.—¿Trasnochar con otro? Advierte

Que aunque eso fuese verdad,
Era mucha libertad
Hablarme á mi desa suerte:
Cuanto más que es desvario
De tu loca fantasía.

D. JUAN—Ya sé que fué don Garcia
El de la fiesta del rio;

Ya los fuegos, que á tu coche,
Jacinta la salva hicieron,
Ya las antorchas, que dieron
Sol al soto á media noche;

Ya los cuatro aparadores,
Con vajillas variadas;
Las cuatro tiendas pobladas
De instrumentos y cantores.

Todo lo sé, y sé que el dia
Te halló, enemiga, en el rio:
Dí agora que es desvario
De mi loca fantasía.

Dí agora que es libertad
El tratarte desta suerte,
Cuando obligan á ofenderte
Mi agravio y tu liviandad.....

D.^a JAC.—¡Plega á Dios!....

D. JUAN —Deja invenciones,

Calla, no me digas nada,
Que en ofensa averiguada
No sirven satisfaciones.

Ya, falsa, ya sé mi daño,
No niegues que te he perdido;
Tu mudanza me ha ofendido,
No me ofende el desengaño.

Y aunque niegues lo que oí,
Lo que vi confesarás;
Que hoy lo que negando estás,
En sus mismos ojos vi.

Y su padre ¿qué queria
Agora aqui? ¿Qué te dijo?
¿De noche estás con el hijo,
Y con el padre de dia?

Yo lo vi, ya mi esperanza
En vano engañar dispones;
Ya sé que tus dilaciones
Son hijas de tu mudanza.

Mas, cruel, viven los cielos,
Que no has de vivir contenta;
Abrásete, pues revienta
Este volcan de mis celos.

El que me hace desdichado,
Te pierda, pues yo te pierdo.

D.^a JAC.—¿Tú eres cuerdo?

D. JUAN —¿Cómo cuerdo;

Amante y desesperado?

D.^a JAC.—Vuelve, escucha, que si vale

La verdad, presto verás
Cuán mal informado estás.

D. JUAN—Vóime, que tu tio sale.

D.^a JAC.—No sale; escucha, que fio
Satisfacerte.

D. JUAN —Es en vano,
Si aquí no me das la mano.

D.^a JAC.—¿La mano? Sale mi tio.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA I.

Sala en casa de don Beltran.

DON GARCÍA EN CUERPO, LEYENDO UN PAPEL, TRISTAN
Y CAMINO.

D. GAR.—«La fuerza de una ocasion me hace
«exceder del orden de mi estado. Sabrála vues-
«tra merced esta noche por un balcon que le
«enseñará el portador, con lo demás que no es
«para escrito; y guarde nuestro Señor, etc.»

¿Quién este papel me escribe?

CAMINO.—Doña Lucrecia de Luna.

D. GAR.—El alma sin duda alguna
Que dentro en mi pecho vive.

¿No es esta una dama hermosa,
Que hoy ántes de medio día
Estaba en la platería?

CAMINO.—Sí, señor.

D. GAR. —¡Suerte dichosa!